

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Quadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID:—Tres meses 9 reales, seis 16 y un año 30.
PROVINCIAS:—Tres meses 10 reales, seis 18 y un año 34.

DIRECCION.—Caños, 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

ENTRANJERO:—Tres meses 15 reales, seis 28 y un año 54.
AMERICA:—Seis meses 38 reales y año 70.
FILIPINAS:—Seis meses 60 y un año 110.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

LOS ENAMORADOS.

COLECCION ILUSTRADA DE FIGURAS, FIGURILLAS, FIGURINES Y FIGURONES.

PRÓLOGO.

Lector amigo, está oscuro y huele á Posada Herrera, que es como decir que huele á ley de imprenta durita,—la ley, que no la imprenta,— que es lo mismo que decir que huele á denuncia, que es lo propio que decir que huele á Saladero, que es ni más ni menos que si se dijera que huele á presidio.

Yo no estoy de humor de dar gusto al Gobierno y dejarme coger en la red habilísimamente tendida á los que manejamos la pluma con cinco

mil duros en depósito por delante y por detrás, un Gobierno con más intencion que un toro, y VV. perdonen la comparanza, como diria un cochero.

Así, pues, he resuelto andarme con mucho tiento en eso de escribir de política y pensar mucho lo que he de decir; para lo cual, despues de maduras reflexiones, me he convencido deque lo mejor será, cada vez que vaya á escribir un artículo político, poniendo como chupa de dómine al Gobierno, que tiene mucho de dómine y de chupa, aprender de memoria la ley de imprenta, escribir luego, despues consultar con todo el Colegio de Abogados si habrá peligro de caer, y por último, enviarle al ministro de la Gobernacion el artículo á ver si le gusta, que ya me hará el favor de darle un repaso, y avisarme si podré estarme tranquilo ó echarme á temblar.

Las circunstancias son críticas, estamos en

un tiempo muy malo; el palo está levantado, y no he de ser yo el que ponga las costillas para que aquel no caiga en el vacío. De política escribiré, pero será con mucho mimo, porque de otro modo no se puede. Quien manda manda.

En lo sucesivo escribiré de política, por ejemplo:

«La union liberal nos gobierna de una manera deliciosa; los ministros no pueden ser mejores (y es verdad); el país está trinando, no porque esté rabiando, no señor, sino porque está cantando, y así expresa su alegría; el ministro de Hacienda, que dicen los periódicos, que no entiende la Hacienda, es una eminencia en materias financieras; negamos que no entienda la Hacienda, y aseguramos que sucede lo contrario; él entiende de Hacienda, pero lo que sucede es que la Hacienda no le entiende á él. Se quejan de vicio los que se quejan de este Gobierno, y no se

LOS ENAMORADOS.



quejarían si pensarán en que puede venir otro peor, y en que no hay mal que cien años dure, ni ha de ser este Gobierno el que desmienta este dicho vulgar.»

Visto esto que acabo de escribir como ejemplo, comprenderá el lector la manera suave de tratar al Gobierno que voy á adoptar mientras dura la vida y dulzura de este Gobierno y de su ley de imprenta. Páreceme que de ese modo ni calumnio ni injurio á nadie, ni dejo de meter al Gobierno la espada hasta la guarnición, como decirse suele, ni el Gobierno se incomodará por eso conmigo, porque decirle yo que se vaya á paseo ó donde le pareciere, que está haciéndolo bastante mal y que allá se van él y el paternal Gobierno del resalado Don Ramon, me parece que no es una cosa del otro jueves, ni se acerca siquiera á lo que merece que se le diga.

Pero señor, dirá el lector ahora, y ya lo habrá dicho antes la lectora, como más curiosa, ¿dónde están los enamorados?...

Paciencia, señores y señoras, que dentro de un rato saldrán.

Pues, como decía, en vista de lo tormentoso que está el cielo nunca raso de la política, quiero atarme corto y escribir sobre política *poquito y bueno*, y así imitarán este ejemplo tantos politicastros como hay en este país, que no sirven mas que de estorbo.

Y ¿sobre qué escribiré cuando no escriba de política?...

Mucho he pensado sobre esto, ántes de tomar una resolución.—(¡No tomará el Gobierno la de marcharse!)—Pensé escribir de modas; pero no habiendo, como no hay, dinero, no era esta materia muy oportuna que digamos, y las lectoras no me agradecerían que las diera dentera con los primores que presentara á su consideración, y los lectores, padres y esposos,—esposos y padres estaría mejor, pero en esta ocasión hago como el Gobierno, que de varias maneras de hacer ó decir las cosas, elige la peor por lo regular,—y lo más propio sería decir por lo irregular,—los esposos y padres dirían: «¡Hombre! El CASCABEL es el demonio, digo, el Gobierno, digo, nó, el demonio, que cuando estamos á la cuarta pregunta, viene á turbar el sagrado de la paz doméstica con estos artículos incendiarios de modas que inventa el mismísimo diablo.

Pensé luego escribir historia; pero aquí tropezaba otra vez con la ley de imprenta, que, aunque no prohíbe escribir de historia, no se anda con chiquitas para caer sobre cualquier parrafito del historiador más respetable, si el parrafito puede aplicarse á la situación actual, porque, este es un consuelo que ofrezco gratis al lector, no es esta la vez primera que estamos en situación grave, que de situaciones graves estuvo siempre lleno el mundo, y lo estará mientras todos no cumplamos los Mandamientos de la Ley de Dios, y situaciones como esta en que nos hallamos, hubo muchas.

Pensé escribir sobre filosofía alemana; pero me ocurrió que el ilustrado público no me entendería, ni yo tampoco.

También pensé escribir sobre matemáticas; pero desistí por un exceso de consideración al ministro de Hacienda, porque hubiera sido muy posible que, viendo el Presidente y los compañeros de aquel que yo sabía sumar y hasta multiplicar, me hubiesen confiado la cartera de Hacienda, dejando desairado al actual ministro del ramo.

Ocurrióseme escribir una historia de los pronunciamientos habidos en este país; pero deseché la idea, porque esta es una cuestión muy bonita para caer en la ley de imprenta y ser condenado sin pronunciamientos favorables.

Pensé también escribir sobre la moralidad, la conciencia, la dignidad políticas; pero ¿qué se ha de escribir sobre esto?... Todo cuanto yo pudiera decir, lo sabe perfectamente el país.

Pensé hacer biografías de todos los hombres políticos que mangonean en España, y nos tienen ya cargados hasta las puntas de los peles; pero si las biografías eran una serie de mentiras para no ofender á los interesados, ¿qué diría el público? Y si eran un montón de verdades de padre y muy señor mío, ¿qué no dirían los interesados, y qué no harían contra mí? En el primer caso, el público se disgustaría conmigo, y en el segundo los interesados me enviarían á la cárcel, que más de una vez ha sucedido que la verdad ha venido á ser un delito castigado como el robo ó el asesinato.

Escribiré sobre el amor, me dije; pero sobre el amor se ha dicho ya mucho y bueno, y mucha tontería también, y además, no es precisamente el amor el sentimiento que reina entre los hombres.

Y pensando en el amor, vine á acordarme de los enamorados, y encontré en estos apreciables individuos lo que buscaba.

Y aquí tienen VV. que voy á presentar á VV. una gran colección de figuras de enamorados, representando personas de todas las clases de la sociedad, desde el aguador y la fregona, hasta el ministro que, en los ratos que le deja libres su cargo, hace el amor por lo fino á alguna dama de alto coturno, ó á alguna dama de cuerpo coreográfico.... El artista, el tronera, el menestral, el banquero, el cómico, el traperero, el ladrón, el chulo, el avaro, el sacristán, el torero, el soldado, el beato, el general, el mendigo, el gran turco, el estudiante, el médico, el casero, la manola, la niña, la hija de familia, la viuda, la costurera, la jamona, la actriz, la verdulera, la condesa, la hija del banquero, la cantante, la tripicallera, la vieja, la lavandera, la beata, la modista, y otras ciento, serán las figuras, figurillas, figurines y figurones que irán desfilando por delante de VV. La viñeta de este número es una muestra de lo que será esta colección. En el presente número empieza á pintar estas figuras mi amigo Ortego; en el próximo empezaré á pintar yo.

Creo que esta galería, con la de Matrimonios, que continuará sin interrupción, y otras muchas cosas que preparo, conseguirán distraer á VV. de la arrastrada política. Por lo demás, en esta materia política he de continuar diciendo las verdades del barquero á todo el mundo.

AL GOBIERNO DE EL CASCABEL.

Excmo. Señor: En contestación á la circular de V. E., inserta en el número 169 del periódico EL CASCABEL, tengo la satisfacción de decir á V. E. que me adhiero en todas sus partes al pensamiento de V. E., aplaudiendo su rectitud y desinterés, y admirando su ingenio, capaz de hacer la felicidad, no solamente de España, sino del mundo con sus espacios inmensos,—bien que allí deberá haber mucha, desde que se ha volado de la tierra;—pero no me adhiero, porque esto me haría á mí infeliz, y ya ve V. E....

Aunque estamos en el siglo del sí y el nó, en el cual, gracias al saludable influjo de la civilización, no hacemos caso de encontrar en cada esquina (ó más á menudo) hombres de dos, tres y cuatro caras, sin embargo, aquel *me adhiero* y el *no me adhiero*, están tan vecinos el uno al otro, que he de explicarle á V. E. la razón, ya porque siendo yo algo viejote, no quisiera que V. E. me juzgase hombre de poca formalidad, ya porque guiándose V. E. por el sentido común y no por el sentido de los partidos, podría hacerle á V. E. alguna mejora mi aparente contradicción.

Me adhiero, persuadido de que siguiéndose el plan trazado por V. E., España, nuestra querida patria, se levantaría lozana y poderosa de la postración á que los pecados de todos la han reducido, para ser otra vez la señora del mundo, no por las armas y corriendo arriesgadas aventuras, sino por la influencia moral (no se trata aquí de elección) que podría ejercer fácilmente utilizando las buenas condiciones con que á Dios plugo favorecerla.

Porque España no se ha vuelto pobre por falta de ingresos, sino por sobra de gastos, pues sus tierras tan feraces son como en antiguos tiempos, y el ingenio de sus hijos no es ahora menos perspicaz que ántes, bien que ni aquellas producen ni este se industria como podrían y sin duda harían teniendo más seguridad y mejor Gobierno. Nuestra desgracia proviene de que habiendo aumentado escasamente la riqueza, ha crecido de tal manera el fausto en el gastar, que pronto van á parecernos una ruindad las ponderadas cuentas del gran capitán.

Y los gastos que empobrecen á la nación, menguando sus fuerzas, no son, como V. observa muy oportunamente, los 2 ó 10,000 reales que se dan á un médico laborioso, ni los 12,000 que cobra un catedrático, ni los 3,000 con que se cree pagar á un cura su celo por la gloria de Dios y bien de las almas, sino los 30 y 40 000 que cobramos muchos que no hacemos nada y á quienes son menos necesarios.

Yo, aunque he sido político, conservo en el fondo de mi alma un sentimiento de justicia grabado en ella por la primera educación religiosa que me dieron, y por más que he procurado ahogar con ceniza este fuego, á cualquier venticillo se descubre, dándome entonces un escozor que me quema, hasta que he vuelto á cubrirlo con la losa del egoísmo, más dura y fría que la de un sepulcro. En estas ocasiones me he acusado de percibir un sueldo que no gano, privando de cobrarlo á otros que trabajan; pero mirando á muchos de mis compañeros, que no sienten remordimientos, ni tienen más sentimiento que el de que no sea mayor su paga, he acallado mi conciencia y seguido cobrando, difiriendo para más allá el examinar detenidamente si en esto hay pecado.

Hallándome en uno de estos momentos de vacila-

ción, cuya amargura no podrán comprender los que nunca han luchado entre la conciencia y una paga poco merecida, porque no tienen conciencia ó carecen de jubilación, he recibido la circular de V. E., y al instante he dicho: *¡Me adhiero, me adhiero con toda mi alma!* Esta exclamación espontánea y heca con el mejor deseo, me ha quitado un peso enorme de mi corazón, que pareció respirar en aquel momento con más libertad, y un aire más puro, bañándolo con un bálsamo consolador; pero ¡ay! apenas acababa yo de pronunciar aquel feliz *Me adhiero*, oí detrás de mí una voz muy conocida, que me dijo:—«¿A qué te adhieres? ¿hay nueva política? ¿se forma acaso otro partido ó disidencia? ¿nos hacen buenas proposiciones? Esta vez has de ser ministro, siquiera el breve tiempo necesario para sacar jubilación.—Era mi mujer, que venía á hacer el oficio de Eva cuando presentó la manzana á Adán.—Mira, añadió, viendo que no la contestaba, que con los 28,000 apenas tenemos para poder salir á la calle.—Ancha es la puerta, le respondí, haciendo un esfuerzo para resistir la tentación.—Ancha, repuso mi cara mitad, para ir á la sacramental, pero no para presentarnos en sociedad, pues *La Moda* ha traído ya un nuevo patron, y el último vestido no me sirve; también á la chica....—¿Allate, mujer tentadora, exclamé; y renovando el propósito para mejor sostenerlo, proseguí gritando, más bien que diciendo: *¡Me adhiero! ¡Me adhiero!*

Este último esfuerzo me postró, y para no tener que dar explicaciones, entregué á mi mujer la circular de V. E., dejándome caer en un sofá, mientras observaba el efecto que el plan de V. E. producía en ella.—«¿A eso te adhieres? exclamó, tirando el papel en acabando de leerlo. ¿A eso te adhieres? ¿Dónde está el amor de esposo? ¿En dónde el amor de padre? Si te adhieres, has de dejar el palco, disminuir el número de criados, buscar cuarto más barato, poner en otro colegio á las niñas, renunciar al conocimiento A, á la visita B, y tal vez... Ese tal vez á V. E. le parecerá poca cosa, pero fué la última bomba que obligó á renunciar la plaza, porque por el tono con que lo dijo y la mirada que me dirigió, creí que significaba:—«¿Y tal vez prescindiendo de tu esposa!»—En esto, no pudiendo contenerme por más tiempo, me arrojé á sus pies y tapándome el rostro con las manos, exclamé: *¡No me adhiero! ¡No me adhiero!*

Vea V. E. cómo no hay contradicción, ó es muy motivada la que haya entre mis palabras. Hay en mí dos hombres, según decía de sí, no recuerdo qué filósofo ó qué santo: como hombre bien educado y siguiendo la voz de mi conciencia, *me adhiero*; como hombre de posición política y casado, *no me adhiero*.

V. E. juzgará lo más acertado; pero si mis consejos son de algún valer, retire V. E. la circular, porque por bueno y santo que sea su pensamiento, me temo que con nosotros no ha de poder realizarse.

LA DUDA.

Hay necesidad de convenir en que los predilectos hijos de Apeles no son los que menos han contribuido á llenar el mundo con sus obras y con sus nombres.

Abrid el libro de la historia, y sus elocuentes páginas os dirán que las generaciones que pasaron batieron palmas y se vieron poseídas del más profundo entusiasmo al admirar las brillantes y sorprendentes concepciones de los que, con su tálloza y sus pinceles, lograron inmortalizar sus nombres y dar días de gloria imperecedera á sus conciudadanos.

Murillo, Rafael, Zurbarán, El Ticiano, Miguel Ángel, Velázquez y algunos otros aparecen hoy ocultos á nuestra vista, pero no han muerto: viven todavía y vivirán mientras exista el mundo.

Para aquellos principios de la pintura, para aquellos hombres que con el pincel en la mano consiguieron hacerse dueños del universo, no existieron nunca las dificultades.

En sus obras maestras, en las que resplandece la aureola del genio, se ve la perfección hasta en los más pequeños detalles.

Pero cualquiera de aquellos pintores que lograron elevar el arte á las regiones de lo sublime, y que, como he dicho ántes, no conocieron nunca las dificultades, hubiera quedado perplejo y confundido ante la persona que le hubiese hecho el encargo siguiente:—«Hágame V. un retrato en el tamaño y actitud que V. crea más conveniente, pero cuide V. mucho de que en la expresión del rostro vaya envuelta, de una manera fiel y exacta, la ansiedad de la duda.»

Semejante encargo hubiera sido un desengaño cruel para el artista.

De seguro, el gran pintor hubiera arrojado lejos de sí su habilísimo pincel en prueba de impotencia.

¿Quién es capaz en el mundo de pintar con completa exactitud la ansiedad de la duda?

Nadie, absolutamente nadie.

Aquí me tenéis á mí, que en este mismo instante soy víctima de esa suspensión, de esa indeterminación del entendimiento que mantiene la alarma en todos los espíritus y la angustia en todos los corazones.

En este momento me encuentro bajo el imperio de la duda.

Dudo si conseguiré salir airoso con lo que me propongo.

Esta duda tiene tanto de natural como fundada.

No se me oculta lo espinoso de la senda que voy á recorrer, ni olvido tampoco lo escaso de mis fuerzas. No sé por dónde empezar, porque la duda me sale al encuentro y me cierra el paso.

La duda tiene la ridícula costumbre de intervenir en todas nuestras operaciones.

Va unida á la humanidad como el alma al cuerpo, como las sombras á la noche.

Así como los brillantes rayos del sol nos obligan á cerrar los ojos, las tinieblas de la duda nos hacen abrirlos.

Queremos ver, y no vemos.
Queremos rasgar el misterioso velo de la duda que nos envuelve á todas horas, y solo conseguimos perdernos en la inmensidad del vacío.
Queremos alumbrarnos con la luz de la razón para penetrar en el terreno de la duda, y la luz de la razón se apaga.
Todos nuestros esfuerzos para triunfar de la duda son completamente inútiles.
La duda se burla de todas nuestras pesquisas.
Nadie sabe de dónde nacen ni cómo se forman las infinitas dudas que nos rodean.
La duda no será definida nunca.
Está por encima de la sabiduría humana, y es el tema constante de todos los sabios.
La duda es un dolor lento que mata.
Es un intrincado logogrifo que en vano tratamos de descifrar.
Por eso no hay pincel que pueda retratarla, ni pluma que acierte á describirla.
Si la duda no se mezclara en todos los actos de la vida, es indudable que seríamos menos desgraciados de lo que somos.
La duda recorre las diferentes clases de la sociedad y nos acom, aña por todas partes.
Un hombre de negocios proyecta uno de verdadero interés, y dice: «Llevaré á cabo lo que me propongo el año que viene, el mes inmediato, la semana próxima.» Pero si el asunto es realmente de reconocido interés, la duda se coloca frente á frente del hombre de negocios, y exclama: «¿Y sabes, por ventura, si llegarás al año que viene, al mes inmediato, á la semana próxima?»
«¿Sabes siquiera si verás lucir el sol de mañana?»
«¿Tienes seguridad de salir del día de hoy?»
Convengamos en que la duda es capaz de poner triste á la persona más alegre.
En el mundo todo se vuelve dudas.
«¿Cuántos hombres, poseídos de la duda, habrán dejado de realizar hechos importantísimos y notables!...»
«¿Cuántas empresas habrán fracasado por efecto de la duda!...»
Bien puede asegurarse que en medio de la gran confianza con que emprendió Cristóbal Colon la colosal y arriesgada empresa de descubrir un nuevo mundo, más de cuatro veces llegaría á estremecerse y á sentirse sobrecogido de verdadero terror.
Pero puede asegurarse también que en el ánimo del ilustre genovés no influirían tanto los gritos de amenaza de aquella frenética é incrédula tripulación, como la voz imponente de la implacable duda.
«¿Cuántas veces un instante de vacilación, un solo momento de duda habrán comprometido seriamente el éxito de una batalla!...»
«Nos envaneceríamos los españoles de poseer el libro de los libros, el inmortal Quijote, si la pobreza en que vivía Cervantes y la necesidad imperiosa que sentía de proporcionarse recursos, no le hubieran obligado á olvidarse de su modestia?»
Cervantes dudaba de su propio mérito.

La duda brota del entendimiento y se filtra en el corazón.
La duda se deja caer como una bomba en medio de las más puras alegrías y de las más inocentes satisfacciones.
La duda paraliza el curso de nuestras ideas y da al traste con todos nuestros pensamientos.
No es posible obrar, gozar ni discurrir bajo el dominio de la duda.
La duda es el tormento de los teólogos y el coco de todo el género humano.
Agosta en flor muchísimas ilusiones y destruye las más bellas esperanzas.
Está dentro de nosotros mismos, y en vano pugnamos por desecharla.
La humanidad y la duda son dos amigas que han concluido por odiarse, pero que siempre van juntas.
El malestar que siente el médico en presencia de una persona gravemente enferma, nace de la duda.
El que experimenta el abogado al ir á defender un pleito, es producido por la misma causa.
La impaciencia y la ansiedad que se apoderan de un autor dramático el día en que ha de estrenarse una de sus obras, son la impaciencia y la ansiedad de la duda.
Si emprendemos un viaje, la duda va siempre delante de nosotros.
Hay personas que, por efecto de las desgracias de la vida, llegan á verse sin salud, sin familia, sin bienes, sin amigos; llegan, en una palabra, á perderlo todo, pero la duda no la pierden nunca.
Esto es para desear á cualquiera.
Yo creo que la duda debía estar entre las diferentes calamidades que tuvieron por conveniente legarnos nuestros primeros padres Adán y Eva.
Y me hace creerlo así la seguridad en que estoy, de que si la duda no existiera, el mundo casi podría pasar por un Paraíso.
La duda es una cosa terrible, porque muchas veces hasta nos impide acudir en auxilio de nuestros semejantes.
Vaya un ejemplo:
Se trata de un magnífico proyecto, capaz por sí solo de llevar la felicidad al seno de innumerables familias.
Pero pasan días y días, y el proyecto en cuestion, que ha conseguido excitar profundo interés y generales simpatías, no adelanta un solo paso.
Esto está sucediendo á todas horas.
En vista de tanta morosidad, nos dirigimos al autor del pensamiento, y le decimos: «Pero hombre, ¿qué hace V., en qué piensa que no pone por obra una idea tan útil y tan beneficiosa?»
Tened por seguro que en la mayor parte de los casos, el interpelado se encogerá de hombros, y contestará: «Estoy dudando... porque son tantas las dificultades que hay que vencer...»
Más claro:
«La duda me detiene, porque me subyuga, y me imposibilita y me mata.»
«Siempre lo mismo!...»

Siempre esa suspensión, esa indeterminación del entendimiento, que, como dije al principio, mantiene la alarma en todos los espíritus y la angustia en todos los corazones.
Cuando la duda se mezcla con el amor, éste pierde la mayor parte de sus atractivos.
La duda, en asuntos de amor, es una agudísima espina que traspasa el corazón de parte á parte.
Una mujer, cuando se ve lejos del dueño de su corazón, dice: «¿Se acordará de mí?»
En esta pregunta que la mujer se dirige á sí misma, va envuelta la duda.
De la duda nacieron los celos.
El amante que ve á su bello ideal, á la mujer que adora y que llena todo su corazón, acompañada de un hombre á quien el amante no conoce, siente dentro de su alma la ponzoña de la duda; es decir, tiene celos.
Los amantes no comprenden la felicidad que les proporciona el purísimo sentimiento del alma, hasta que aparece la duda.
La duda nos persigue de una manera tan tenaz, que á veces interviene hasta en las cosas más sencillas.
Si nos proponemos, por ejemplo, salir á dar un paseo, la duda se encarga de volvernos locos, haciendo que no sepamos á dónde dirigirnos.
En algunas ocasiones, la duda tiene también su encanto particular; pero es un encanto tan amargo...
El que espera recibir una mala noticia, se consuela mientras duda; es decir, mientras la noticia no llega.
Aquí teneis la parte menos mala de la duda.
La duda es la pesadilla de la humanidad.
Si no hacemos en el mundo más de cuatro cosas de provecho, es porque pasamos la vida en dudas y vacilaciones, en cuyo estado nos sorprende la muerte.
«¡La muerte!...»
He aquí en lo que todos estamos conformes: nadie quiere morirse.
Las dudas concluyen donde la muerte empieza.
Pero ¡oh amor á la vida!... Todos despreciamos la verdad con que nos brinda la muerte, y preferimos seguir dudando, con tal de seguir viviendo.

FRANCISCO DE LA CORTINA.

Señor Director de EL CASCABEL:

Muy señor mío, digo, suyo, que yo no tengo ningún señor.
«¡Ay! señor Director, V. no sabe lo que he pasado desde que no le escribo; hoy, que estoy un poquito sossegada, tomo la pluma para disculparme con V. y sus lectores de no haber escrito sobre los últimos doce toros lidiados en la plaza de Madrid. No he asistido á las corridas, señor director, porque no he tenido gusto. Figúrese V. que mi marido ha vuelto de la Habana; hace dos semanas estaba en Cadiz, segun me escribió una amiga, y ha sabido que yo iba en coche á los toros, y hágase V. cargo de la gravedad de este acontecimiento á los ojos de un marido. Posteriormente me han dicho

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO III.

(Continuación.)

«Pero cuando empezaban á comer, el joven se detuvo.
«¿En qué estás pensando, hermano? exclamó su compañera.
«En ese ciego que está pidiendo una limosna. ¡Tal vez no le hayan dado nada en todo el día, porque hay tantos que tienen oídos y no oyen!
«Genoveva se puso encendida de rubor, y ocultó su rostro detrás del abanico.
«¿Tienes muchos deseos de comer las naranjas, hermanita mía?
«¡Vaya! ¡Hace toda una semana que las espero!
«Es que si no fuera por eso, daríamos los seis cuartos á ese pobre viejo. ¡Se pondría tan contento!
«¡Pues mira, dáselos! Nosotros tenemos pan y queso.
«El joven se levantó lleno de júbilo, y Genoveva vio que sus ojos brillaron con una expresión de placer sublime.
«Casi al momento volvió, dando el brazo al anciano.
«Mira, dijo dirigiéndose á su hermana, dice que no ha comido hoy más que un poco de pan, y que los cuartos le vendrán bien para completar el pago del alquiler de su chirimbitil. Yo le he convidado á merendar con nosotros.
«La niña lanzó un suspiro y arrojó una mirada pesada sobre sus escasas provisiones.
«Pero al instante recobró su sonrisa.
«Lo partiremos como hermanos, dijo dulcemente.
«¿No teneis familia? preguntó el joven con vivísimo interés al pordiosero.
«Tres hijos tuve y una esposa muy amada, respondió este suspirando. Pero el mayor fué á la guerra, y murió peleando. Mi esposa le quería como quieren las madres, y le siguió á la tumba. El otro hijo quiso tentar la suerte, y se embarcó para América, sin que hayamos vuelto jamás á saber de él; y mi hija, casada con un hombre vicioso, es una mártir, que solo á fuerza de trabajos y penalidades sostiene á sus seis hijos, de los cuales el mayor no pasa de seis años. Yo fui

maestro de escuela de Alcobendas en mis buenos tiempos. Luego vino la órden de que los maestros debían tener título; estudié para adquirirlo, y quedé ciego. Nada más: esta es mi historia.
«Los dos jóvenes lloraban y se miraban el uno al otro.
«¿Qué lástima que seamos tan pobres! murmuraron ambos á la par.
«Dios estima en tanto el óbolo del pobre, como la moneda de oro del rico! ¡yo siento un inefable placer al oír vuestro deseo! exclamó el ciego conmovido.
«¿Puedis siempre limosna en este sitio? preguntó vivamente el joven.
«¡Siempre!
«¡Mi hermano es la esperanza ilimitada! añadió la niña sonriendo. ¡Siempre espera que mañana ha de ser mejor que hoy!
«Dios es padre, hija mía, exclamó con dulzura el viejo. ¡Yo no sabía esta tarde qué partido tomar, y mi buena suerte os ha traído hasta este sitio! ¡Bendito sea Dios! ¡Benditos seáis, hijos míos!
«Genoveva sintió que sus párpados secos se humedecían, y que una lágrima caía sobre su mano, abrasada con el fuego de la calentura.
«Los dos jóvenes y el mendigo hablaron largo tiempo. El sol se había hundido completamente en el ocaso, y la luna había aparecido como una blanca nubecilla en el cielo.
«¡Es tarde! ¡es muy tarde! murmuró la niña.
«Su hermano acompañó al viejo hasta el sitio en donde había dejado su guitarra, y luego volvió apresuradamente.
«¿Te pesa que no hayamos comprado las naranjas? dijo á su hermanita.
«¡Oh, nó! ¡He pasado una tarde deliciosa! ¡Siento una cosa en el corazón, que me llena de alegría!
«¡Ah! ¡quién pudiera ser rico para imitar á Dios y esparcir el bien á manos llenas! exclamó el jovencillo.
«¿Cuesta tan poco hacer dichosos! ¡Ya lo ves! Somos bien pobres, y no obstante, esos seis cuartos, fruto de nuestra economía, que nosotros íbamos á malgastar, tal vez impedirán que ese infeliz tenga que abandonar su miserable albergue! ¡Y qué felicidad hacer que nuestra vida sea útil á los demás y remediar sus males!
«¿Yes, Virginia? Ese río salpica con sus perlas los árboles vecinos, las flores ofrecen su cáliz al insecto amante, hasta la brisa esparce en torno los perfumes que recoge entre sus alas. Todos los seres de la creación se apresuran á ofrecer á los otros seres sus tesoros, en vez de encerrarlos en sí mismos, y pudiéramos decir que la naturaleza es un gran comercio, en donde los átomos se combinan, se modifican, en donde todos concurren al bien de todos, para formar esa armonía sublime que sube hasta el Trono del Creador Omnipotente.

«Mal haya el segador que cierra su mano para que las infelices espigadoras no puedan recoger ni una sola espiga, ó por mejor decir, desdichado de él! ¡Desdichado del que pasa por delante de la desventura ajena y cierra los ojos; desdichado del que se tapa los oídos para no oír los quejidos del infortunio; desdichado de él, Virginia, porque, semejante á los condenados del Dante, jamás podrá vislumbrar la luz del cielo, jamás podrá experimentar una alegría verdadera!
«Hablando así, los jóvenes habían doblado cuidadosamente la servilleta, esparciendo antes las migas de pan al pié de un árbol, sin duda para que sirvieran de alimento á los pajarillos.
«En efecto, la joven exclamó riendo:
«¡Verás mañana cómo se las disputan! ¡Pobres pájaros, cómo cantarán de contento al recogerlas!
«Si vieras, dijo su hermano, cuando estoy en el campo, cuando veo esos árboles cimbrar su alta copa, cuando oigo los mil murmullos de la naturaleza que se distinguen en lontananza, cuando contemplo esos hermosos cambiantes de la bóveda azulada, siento que el alma se abrasa de amor hacia todos los seres de la creación, ó más bien hacia Dios que los ha formado, hacia Dios, que vela como un amoroso padre por cada uno de los átomos más leves! Aquí mi espíritu se remonta hacia él, siento y creo con ardor inusitado, y hay una fuerza dentro de mí que me impulsa á postarme de rodillas y á adorarle, como le adoran los astros y las rocas, las fuentes y las flores!
«¡Pues bien, oremos, hermano mío, roguémosle por nosotros, roguémosle por nuestra madre!
«Ambos se arrodillaron con las manos juntas sobre el pecho, con las mejillas encendidas, con las miradas fijas en el cielo.
«Otra lágrima cayó de los párpados de Genoveva, pero ¡ay! que quiso balbucear una plegaria, y no supo formular ninguna. ¡Desdichada! ¡no la habían enseñado á orar! ¡como podía ser dichosa!
«No lloró ella sola, los jóvenes también lloraban; pero el ángel del consuelo debió bajar en pos de su pura oración, porque al terminarla sonrieron.
«Luego enlazaron ambos su brazo y se dirigieron á la población, cantando en voz baja una trova melodiosa.
«Genoveva quedó sola.
«Entonces se levantó rápidamente, y cosa extrañal se dirigió casi sin respirar hasta el sitio en donde se hallaba el mendigo.
«Miró recelosamente en torno de sí. La doncella estaba muy lejos y el coche parado á bastante distancia. Genoveva dejó caer en las manos callosas del buen viejo un bolsillo lleno de oro.
«Para vuestra hija y sus seis niños pequeñuelos, murmuró en su oído.

(Se continuará.)

que ya no está en Cádiz, sino en Madrid, y hoy me dicen que estaba en los toros el domingo. No puedo escribir á V. más. Voy á ver si le encuentro en las calles, en los teatros, en los toros ó en el infierno. En este sitio es seguro que le encontraré. En la primera carta que escriba á V. sobre toros, le contaré todo lo que me pasa y me pase, que es y será muy curioso.

Quede V. con Dios, y compadezca á esta pobre mujer, que no es ni soltera ni casada ni viuda.

MEDIA LUNA.

CASCABELES.

Hemos recibido el número 11 del periódico *La Imprenta*, que así por las materias de que trata y el acierto y corrección con que está redactado, como por lo esmerado de la composición é impresión, es uno de los más importantes semanarios que se publican en Madrid.

Leyó el señor don Lucas, que es un zote, en no sé qué librote, que los hombres de genio mueren pronto; y dijo: «Pues me alegro de ser tonto.»
Bien dijo aquel autor sabio y profundo:
«Para todo hay consuelo en este mundo.»

Con la mayor satisfacción hacemos constar el felicísimo éxito obtenido por la comedia de nuestro amigo Larra, titulada *Bienaventurados los que lloran*. Es una notable producción que honra á su autor. Los actores encargados de su interpretación en el Príncipe, han cumplido magistralmente.

La mujer de mi amigo don Leoncio, alguacil del ilustre Ayuntamiento, sufrió ayer un soponcio, en el mismo momento en que aquel alguacil salió á entregar la llave del toril. Aturdida la pobre, había creído que iban allí á correr á su marido, que, esclavo del deber, no pudo ir á cuidar de su mujer.
Mujer, si te desmayas, ten presente sea oportunamente.

Los periódicos ministeriales han sacado á relucir las fechas en que Gobiernos de diversos colores políticos pidieron autorizaciones arálogas á la que se le ha antojado al que infelizmente nos gobierna. Este argumento no prueba nada en favor del Gobierno actual; lo que prueba es que tenemos la desgracia de no tener nunca un buen Gobierno.

El jueves por la noche, al subir á su coche la señora marquesa de la Flor, la pisó un aguador, deshaciéndola un dedo, á más un callo, y además un ojo ó dos de gallo.
En tener esas cosas ¡oh mortales! todos somos iguales.

Pues señor, no hay más remedio; aunque me digan que no, está el ministro de Hacienda condenado al pantón de los ministros cesantes, y apuesto diez contra dos á que sucede hoy lo mismo que en tiempo de don Ramon, que al señor Barzanallana sin piedad sacrificó; el buen Alonso Martinez, en la presente ocasión, está en el mismo peligro, y ya se verá si no.

Charadita.

La primera y la segunda son animales muy feos, y sin ser feas, muchachas hay que se igualan con ellos; la cuarta verá muy pronto cuando vaya á ver el Ebro, y tomaré la tercera en el viaje, si puedo, y no me dan agua pura, de lo que ya ha habido ejemplo; la primera y la tercera ni lo tengo ni lo quiero, aunque es palabra que tiene significados diversos; y el todo es, lector, magnífico respetable monumento, y de él los músicos todos te hablan con mucho respeto.

Un periódico elogia mucho las maniobras que hicieron las tropas revistadas el otro día en Alcalá por el Presidente de los ministros.

Dice que hubo un cambio de frente, cosa bien sencilla para los hombres políticos, que los hacen de frente, de espaldas, de costado, como VV. quieran, sin haber aprendido táctica.

Habla además de un paso de segunda línea á primera. ¡Valiente cosa! conozco yo á muchos hombres políticos que pasan como si tal cosa, no de segunda,

sino de última línea á primera, sin más ejercicio ni instrucción que su osadía y su descoco.

También habla de cargas sucesivas.... Lo que es en esto de cargas sucesivas, no hay cargas comparables con las que dan al Presupuesto los hombres políticos.

Charadita del número anterior.

Tuve un novio primerizo, es decir, que fué el primero, que sobre ser caballero le hicieron caballerizo.

La vecina de la esquina.

Hemos tenido el gusto de leer el tomo de poesías que ha publicado el señor Marqués de Cabriñana del Monte, y en verdad debemos decir que nos ha parecido el autor un verdadero poeta y un escritor galano y correcto. Hay en este libro poesías de gran mérito, inspiradas siempre por nobles, tiernos y generosos sentimientos. La edición, hecha por Rivadaneira, es magnífica.

En el número próximo, la segunda letrilla de la colección *La verdad lisa y llana*, y la continuación de la *Galería de matrimonios*.

Solución del salto del caballo inserto en el número anterior.

A un peral una piedra tiró un muchacho, y una pera exquisita soltóle el árbol. Las almas nobles, por el mal que reciben vuelven favores.

(De Hartzembusch.)

Un periódico se queja de la intransigencia de las oposiciones.

No le falta razón al colega; pero ¿y la intransigencia del Gobierno?...

Desengañémonos, todos tienen mucho por qué callar. Ni las oposiciones pueden hacer ciertos cargos al Gobierno, ni el Gobierno á las oposiciones. En medio de nuestros males, tenemos el consuelo triste de que no nos podemos echar nada en cara unos á otros.

Pensando en los cupones don Miguel, tragaba mucha hiel, con lo cual se quedó muy amarillo, y triste y macilento el pobrecillo.
Siempre matan, lectores, y no miento, los cuidados ajenos al jumento.

La pobreza es compañera de la pereza; el bienestar es el fruto de la actividad.

La pobreza es una bonanza ó calma, más peligrosa que los escollos y las tempestades para los negocios más importantes.

«¿Cómo se entiende que, siendo, como sois, fuerte, joven y sano, no os avergonceis de ganaros honradamente la vida?» preguntaba un día San-Lamberto á un mendigo. — ¡Ah! señor mío, le contestó éste con candor, ¡si supiérais lo perezoso que soy!

El perezoso es un ciudadano inútil, que solo sirve de carga al Estado: morirá como ha vivido, sin dejar señales de haber pasado por la tierra, si sus vicios ó la suma necesidad no le proporcionan muchas veces la energía y la triste celebridad del crimen.

SAL Y PIMIENTA.

Ha terminado la publicación de la primera obra de esta Biblioteca, de la que ya se ha hecho segunda edición.

Se titula:

CUADROS AL FRESCO.

CUENTOS DE TODOS COLORES,

POR DON CECILIO NAVARRO.

Consta de un tomo en 4.º de 372 páginas, con grabados, y se vende á 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

Segunda obra de la Biblioteca:

LAS TIENDAS.

CUADROS HUMORÍSTICOS DE COSTUMBRES,

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

Segunda edición, ilustrada con grabados, considerablemente aumentada y corregida por el autor. Se publicará por entregas, dos cada semana. Las condiciones de la suscripción son las mismas de

la Biblioteca:—6 rs. por tres meses, 12 por medio año y 24 por uno en Madrid, y 8, 14 y 26 respectivamente en provincias.

Los que en Madrid quieran recibir las entregas, abonándolas al recibirlas, pagarán real y medio por cada cuatro de aquellas.

Los que se suscriban desde este mes á *Las Tiendas*, pueden recibir los *Cuadros al fresco*, pagando solamente 8 rs., lo mismo en Madrid que en provincias.

ANUNCIOS.

En Valdemoro, á tres cuartos de hora por El ferro-carril del Mediodía, se vende una de dos casas, la que más convenga ó guste al que desee adquirirla, lindando la una, por los tres aires, con la casa principal de doña Luisa Gaviria, única que queda ya en toda la manzana, y la otra en la calle Cuesta de Piedra. Para enterarse de ellas, pueden avistarse con Vice te San Justo, que vive en el referido pueblo, calle Grande, núm. 14, y para tratar de ajuste, con el propietario, que vive en esta corte, calle Mayor, núm. 117, cuarto bajo izquierda.

Los farmacéuticos.—Etiquetas para farmacia. A todos tamaños, con nombres y sin ellos, desde 4 hasta 24 reales el ciento, francas de porte. Los pedidos se dirigirán, acompañando su importe en libranzas ó sellos de correos, á don Francisco Ripalda, Constitución, 34, Pamplona.

Se venden muy baratos pañuelos de crepé. Spon, mantillas de encaje, ropa blanca y otros muchos efectos cumplidos de la casa de préstamos de la calle Ancha de San Bernardo, núm. 42, principal.

Barato.—Lanillas listadas, última novedad, á 2 y medio, 3, 3 y medio y 4 rs. vara. Brillantina y percal francés, color, 3 y medio y 4. Indianas, primera, 2 y medio y 3. Percalina, 2 y 2 y medio. Madapolam, hamburgo y percal blanco, 2 y medio, 3 y 3 y medio. Pañuelos de Manila, bordados y lisos, de 60 á 2,200 rs. uno. Idem de crepon, bordados y lisos, de 40 á 160.—Postas, 32, al lado del portal de la Virgen.

Nueva casa de cambio de billetes y monedas, á precios muy arreglados; calle de Preciados, núm. 4, tienda.

Se toman monedas de oro y plata por billetes del Banco, abonando un tanto convencional por millar.

Plinteros para contener tres clases de tinta, á 40 rs.

Estos son los más útiles para toda casa de comercio ú oficinas que usen más de una. Carpetas para encuadernar cartas, factura, letra y toda clase de documentos, á 9 rs.

Nuevo surtido de las plumas de oro y punta de diamante, cuya duración, por término medio, es de tres á cuatro años, á 20 rs.; 1,000 cortes de plumas de acero, desde 5 rs. caja, hasta 34.

Carretas, 3, almacén de papel de G. Gonzalez Rodriguez.



Fábrica de corsés.—Premiada por S. M.—Calle de Hortaleza, núm. 1.—Hay gran surtido de todas clases, de 1 á 50 duros.—Se construyen corsés-fajas para suspender y disminuir el vientre.—Idem para corregir las relajaciones del mismo. Herniarios y ortopédicos.

Papel pintado y transparentes.—Novedad y baratura en todas clases; decoraciones, adornos y colocación esmerada.—Calle de Tetuan, núm. 1.

PROVEEDOR DE SS. AA. RR.

CALLE DE JARDINES, NÚM. 5, TIENDA.—MADRID.



Accite de bellotas para el pelo (Privilegiado) á 6, 12 y 16 rs. bote. Ningun aceite ni pomada antiguo ni moderno, ha adquirido en España una reputación mejor merecida que nuestro aceite de bellotas para ocultar las canas, evitar salgan otras, contener la caída del pelo, hacerlo salir en calvas recientes ó inveteradas, darle lustre, salud y desarrollo al pelo enfermo. Los espontáneos elogios de 18 periódicos científicos, la popularidad de este producto, las recomendaciones infinitas de célebres médicos higienistas, y la venta en tres años de 94,000 botes, justifican plenamente su bondad.

También se usa con ventaja, en vez de los aceites y pomadas, para conservar y dirigir una buena cabellera.

Depósitos: Barcelona, Borrell hermano, Valladolid, perfumería del Ramillete Oriental, Cádiz, calle del Rosario, 10. Valencia, perfumería de Melendez. Quintanar de la Orden, droguería de Villacañas. Pamplona, perfumería de Razquin. Alicante, droguería de Soler, etc., etc.—L. de Brea y Moreno.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de **El Cascabel**,
Á CARGO DE M. BERNARDINO,
calle de los Caños, número 4, bajo.